

ROQUE F. YZAGUIRRE

CRITICAS ESCÉNICAS

RAFAEL CALVO



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1886

Las CRÍTICAS ESCÉNICAS de nuestros primeros actores
se publicarán por el orden siguiente:

Antonio Vico.—Elisa Mendoza Tenorio.—Antonia Con-
treras.—Emilio Mario.—Donato Jiménez.—Miguel Cepillo.
—Mariano Fernández.—Enrique Sánchez de León, etc., etc.

1570

CAIRO

A-Caj. 202/6

R
141290

RAFAEL CALVO



ROQUE F. YZAGUIRRE

CRITICAS ESCÈNICAS

RAFAEL CALVO



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1886



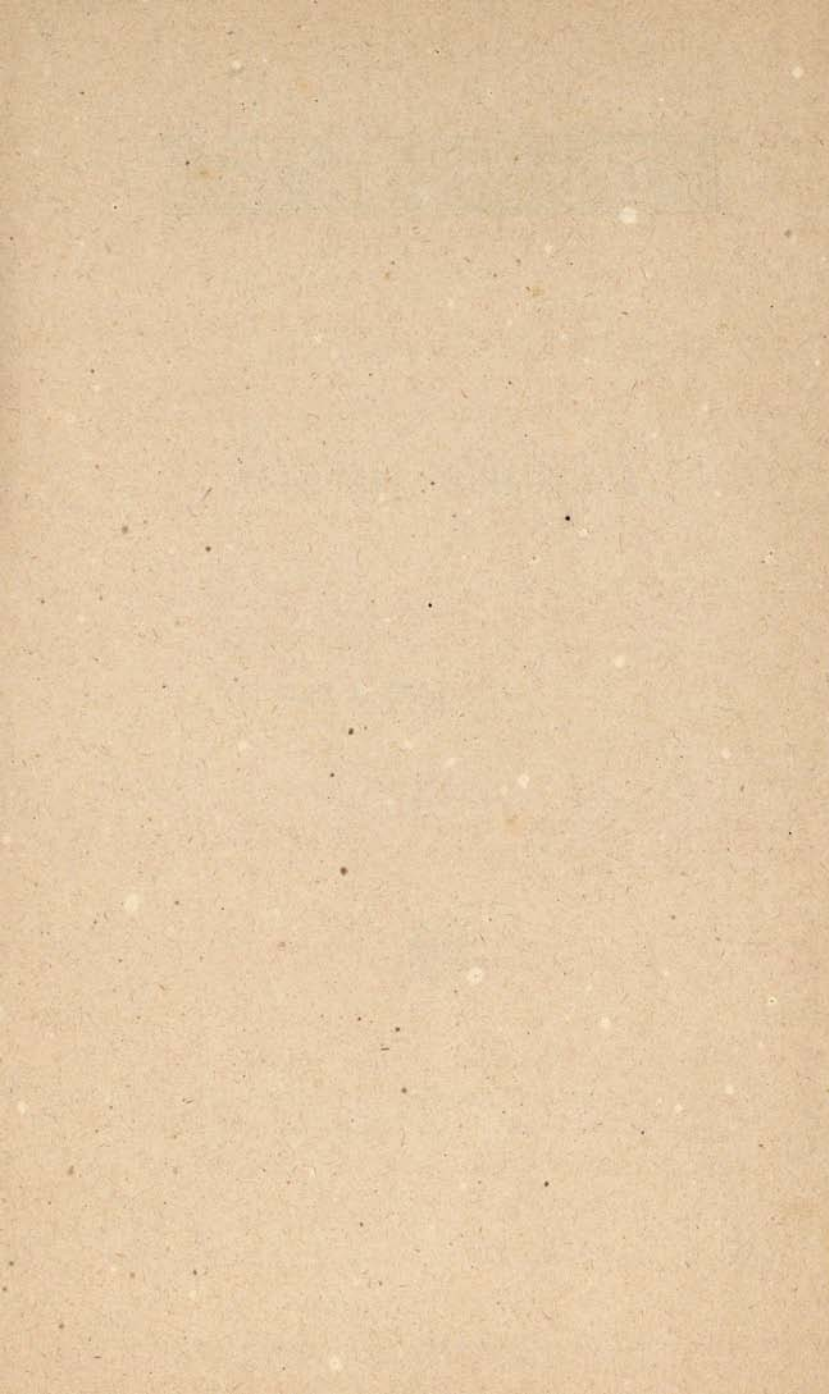


Á EDUARDO VINCENTI,

Su querido amigo

ROQUE F. YZAGUIRRE







DOÑA ANA. Quien te daña es la verdad
de las culpas que te ponen;
si pecaste, y yo lo supe,
¿qué importa saber de dónde?
Pues nadie me ha referido
lo que hablaste aquella noche;
verdad te digo, ó la muerte
en agraz mis años corte.

ALARCÓN.—LAS PAREDES OYEN. (*Acto segundo,
escena VIII.*)

CAPITÁN. ¡Es sin razón!
CRESPO. ¿Pues no miráis que vais preso?
CAPITÁN. Pero respetadme...
CRESPO. ¡Oh! Eso
está muy puesto en razón.
Con respeto le llevad...

CALDERÓN.—EL ALCALDE DE ZALAMEA. (*Acto
cuarto, escena VIII.*)



S D. Rafael Calvo un actor de espíritu romancesco, que tiene mucho de bardo *elegido*; el fuego de la predestinación y la ciega fe del artista en el alma, las poéticas y le-

gendarias tradiciones en la mente, el mundo de los recuerdos y de las esperanzas en el corazón; fe, tradiciones, recuerdos y esperanzas que separando los ideales modernos y las corrientes renovadas del arte, le han hecho saltar por encima de la escuela que fundó Julián Romea. Son otras hoy las exigencias y las expansiones de la dramática una vez deshechas las márgenes por donde serenamente deslizábase. No hay campo abierto al porvenir en toda manifestación de la inteligencia humana que se inspire únicamente en las eternas soledades del pasado, en el hermoso panorama de la tradición. Ese anhelo sitibundo del *más allá*, lo que responde mejor al progreso moderno, y esto no puede negarnos el Sr. Calvo, que profesa creencias liberales, obtiene apoyo más duradero, más legítimo aplauso, y recibe generosa sanción en los pueblos. El actor que vive de la gloria, no debe olvidar que el genio marcha siempre delante de su siglo, y que las artes, como patrimonio del genio, ni un momento pueden vivir en reposo, á manera de esos piélagos que respirando sus mareas y reflujos deben á toda su actividad toda su vida.

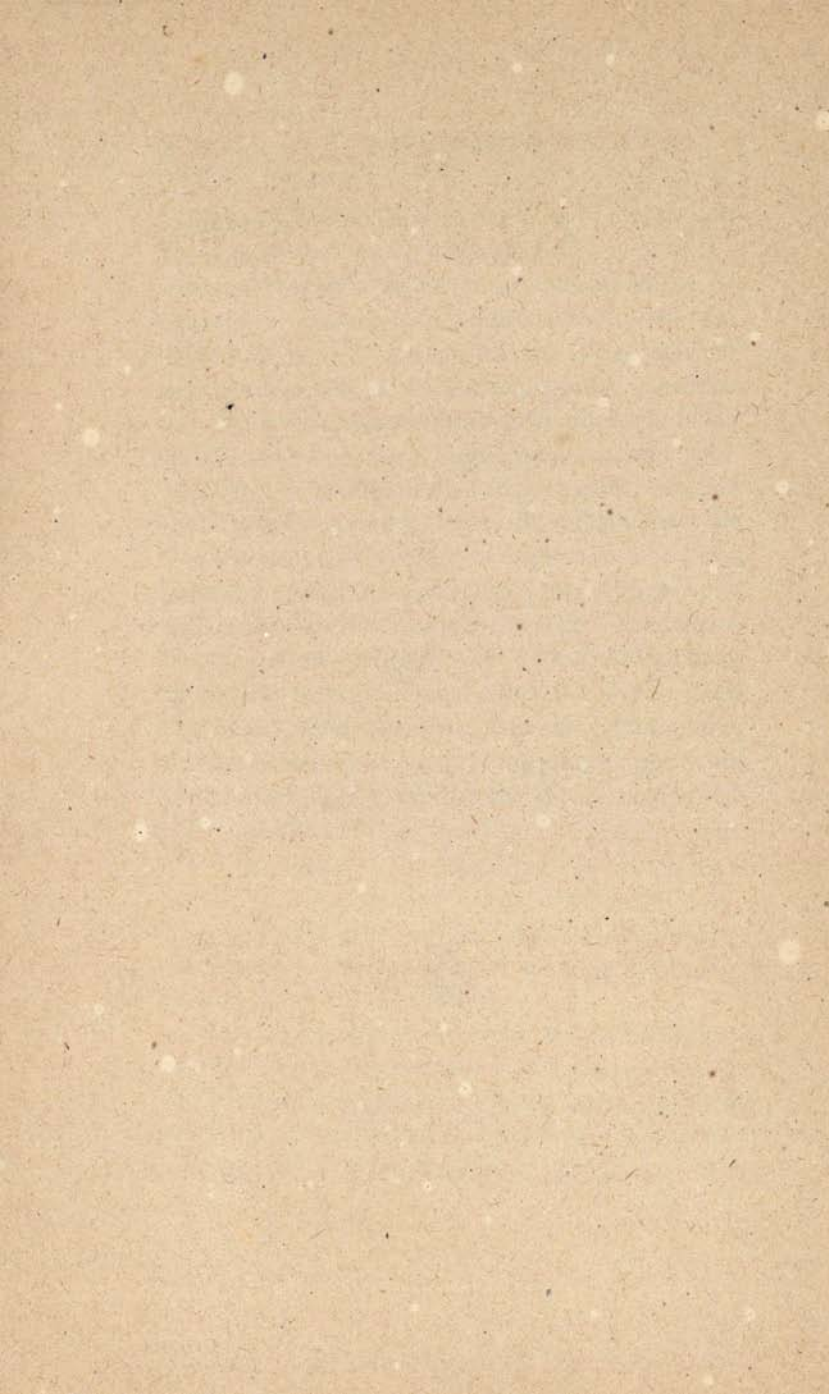
No impunemente se desdeñan las conclusiones, las conquistas y los derroteros de las nuevas ideas. Cuando pretendemos volver hacia atrás, como la luz del progreso ilumina nuestra frente nos hacemos sombra nosotros mismos. A medida que va-

mos retrocediendo es más tenebroso el camino.

Hay en el Sr. Calvo dos naturalezas: la que crece con el estudio y la que á beneficio de la ejecución se desarrolla. Andando el tiempo, la segunda triunfará de la primera, porque es ley humana, condición sabida, que al par que avanza la existencia el hombre por instinto retrocede.

Los que creen y aseguran que era el actor y no el género la base de la legitimidad de aquella gloriosa revolución dramática que operó Julián Romea, desconocen por completo los principios universales que rigen á la declamación. Es tanto como poner en tela de juicio el progresivo movimiento, la virtud y la historia de las artes; supone la negación de que sea la del teatro una de las más difíciles y sublimes. Seguramente no profesa el Sr. Calvo este juicio equivocado; pero repetimos que tiene dos criterios opuestos: el del estudio y el de la práctica.







UNA noche en que reinaba gran animación en la galería pictórica del Príncipe, cesaron de pronto las conversaciones en los corrillos. Tratábase de oír con avidez los incidentes de un debate literario surgido entre los Sres. Calvo y Sánchez de Castro, con ocasión del drama que lleva por epígrafe *Gabriela de Vergi*. La mampara del cuarto del distinguido primer actor se hallaba abierta—cuando esto ocurre se oyen muy buenas cosas,—y el diálogo percibíase fácil y sonoramente. Allí estábamos, por casualidad, nosotros, encogiéndonos todo lo posible para no turbar con nuestra presencia insignificante la augusta majestad del senado. En achaques de letras, nadie ignora que el inspirado y conocido poeta recaba grandes respetos, que ha ganado por

oposición una cátedra de literatura en Salamanca, y que tanto por lo que sabe como por lo que escribe es reconocida autoridad en la materia (1). Indicaba el Sr. Sánchez de Castro que *Gabriela* no puede ni aun satisfacer á las conciencias retardadas... Como nadie en el *saloncillo* se permite dar su voto sinceramente con respecto á estos extremos, ¡hombre, la verdad! nos fué simpático el señor Sánchez de Castro. El Sr. Echegaray escuchaba y se sonreía. Por su parte, el dueño de la casa extendióse en un elocuente discurso demostrativo acerca de las pomposas excelencias de la obra.

Los niños, cuando tienen algún adversario, esperan el tránsito de éste por delante de la habitación en que viven para dispensarse ciertos desahogos y atrevimientos... Aun cuando no somos enemigos del Sr. Calvo—ni lo quiera Dios—y ya hemos salido del aula, nos permitimos la audacia de indicarle que lo bello tiene su origen en la naturaleza exterior; en el mundo tangible; que el

(1) Actualmente desempeña por concurso en la Universidad Central la cátedra de Literatura española.—El Sr. Sánchez de Castro, desde hace seis años, no ha presentado ninguna obra al teatro. Prefiere guardar para mejores tiempos los varios dramas que tiene terminados, á verlos en escena; y es comprensible esta conducta del celebrado poeta, dada la dolorosa decadencia por que atraviesa la patria escena.

ingenio humano, elevándose á la creación del tipo ideal por una serie de abstracciones, combina los elementos que es preciso distinguir; que si bien es necesario que haya razones poderosas para no representar los hechos en el teatro, por aquello de que el drama es por su propia índole activo, todos los retóricos, exclusivamente todos, consideran como causa dispensadora de estas omisiones *lo horrible del hecho*; y el ensangrentado corazón que figura en la obra á que aludimos, hará recordar al Sr. Calvo, si por acaso hubiere estudiado humanidades, el ejemplo del *Manual de Literatura* de Gil de Zárate—obra de texto en la época en que debió cursar el apreciable actor—que dice, como todos los chicos del bachillerato saben: no debe tolerarse la viva representación de lo repugnante, «como sería el ver á Medea destrozando á sus hijos.» (1)

(1) Gil de Zárate.—*Principios generales de Retórica y Poética*, pág. 234.

Hugo Blair.—*Retórica y Bellas Letras*.—Sublimidad de los objetos, pág. 23.

F. de Paula Canalejas.—*Curso de literatura general*, tomo I, pág. 22.

D. Manuel de la Revilla.—*Principios generales de literatura*, tomo I, pág. 344.

«Oculte, empero, de la vista el arte,
con previsión prudente,
lo que imposible ó repugnante sea;

Aquella discusión nos hizo conocer lo que vamos con nuestra franqueza á decir: que el señor Calvo ha leído mucho, pero ha estudiado poco.

y busque en el oído
testigo menos fiel, juez indulgente.
.....

Mas con horror no vea
que á sus míseros hijos despedaza
bañada en sangre la feroz Medea!»

MARTÍNEZ DE LA ROSA.—OBRAS COMPLETAS DEL AUTOR. (*Tomo I, pág. 112.*)

Para terminar, y por si no le convencen estos paradigmas al Sr. Calvo, allá van los siguientes versos:

«¿Por qué, Fayel, frenético, violento
presentar á la mísera Gabriela
del triste amante el corazón sangriento?»

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.—BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.
(*Tomo XXII, pág. 78.*)





VOLVIENDO sobre la genialidad artística del actor, sobre la evidencia manifiesta de esa separación radical que establece su género, entre la escuela antigua y la novísima escuela, entre la norma de origen, que dejaba todo al instinto, á las facultades y al talento del artista, y la pauta fundamental que impone por leyes, preceptos y reglas el ejercicio de la escénica en armónico consorcio con las aptitudes naturales; reglas, preceptos y leyes que lejos de coartar el ingenio lo enaltecen, de la propia suerte que las trabas de la imaginación abrillantan los grandes poetas, consignemos de pasada que es distinguido pero excesivamente corto el repertorio del señor Calvo.

El público, que dispensa al actor merecidas sim-

patías, no ha tenido aún el gusto, que sepamos, de admirarle en el desempeño de obras de costumbres; y decimos de admirarle, porque tratándose de uno de los dos actores sobresalientes del primer teatro de España, claro está que ha de distinguirse en todos los géneros. Debe saber el señor Calvo la especie, por ahí generalizada, de que no interviene en la comedia de levita, por serle poco familiar el nuevo trabajo; y por si no lo sabe, y acaso le conviniera desvanecerlo, juzgamos conveniente consignar este rumor.

Dicho esto, recordamos haber visto *de levita* al Sr. Calvo, en la temporada 1879-80, con motivo del estreno del drama del Sr. Herranz, *El alma ó el cuerpo*.

Era el personaje aquél un noble anciano, sostenido en realidad por la fe y en apariencia por su muleta y encorvado bajo el peso de los dolores físicos y los morales sufrimientos. El Sr. Calvo, que abusa de los fuertes golpes de pecho, hablaba allí con energía, y al recitar la magnífica décima *del alma*, olvidábase del pobre viejo para dejarnos oír la voz entera y segura del hombre de treinta años. Colocados nosotros en la desagradable situación de decir toda la verdad, perdónenos el Sr. Calvo si escribimos que viste con mediana elegancia la levita.

No se distingue el primer actor del clásico coliseo por el buen gusto en el vestir: sus ropas,

por regla general, son demasiado pintorescas.

Y esta consideración nos lleva, como de la mano, á otras y singulares reflexiones... El traje que luce en el festín de *Don Juan Tenorio*, y con el cual aparece luego en espíritu, nos ha de permitir el Sr. Calvo que expresemos, con el mayor respeto, que tiene algún dejillo de *torero*. La daga que lleva atravesada en el cinto en la escena de la quinta, es mucha daga; recuerda los espadines de los suprimidos músicos de contrata; y hasta nos será tolerado añadir que huelga para suspirar de amores cabe á una dulce, temerosa y asustadiza doncella. Después, en la escena V del acto segundo, segunda parte, se lanza á la calle, temerario y resuelto, sin otras armas que el puñalito—una daga capaz de robar el sueño al sargento Lirón—y sin birrete, para batirse con Centellas; y sin birrete y sin armas se presenta en el cementerio.

Ya sabemos que Tenorio es en el último cuadro *un alma viandante*; pero que no vuelve con el legendario atavío de los fantasmas de aldea, sino con el aspecto humano y personal del héroe; y, por consecuencia, lógico será que si hubiere dejado la espada caída en el campo del honor, muéstrese con la vaina en el tahalí, de la propia suerte que *Doña Inés* aparece en la tumba con la roja cruz destacada sobre el hábito blanco de las Comendadoras; y eso que, estudiando la cuestión con detenimiento, á la de Ulloa convendría ocultar



aquel signo de la vanidad humana al surgir de la eterna mansión en donde terminan las grandezas terrenales, y sobre todo, para mantener la ilusión del espectador; máxime, cuando ha desaparecido la estatua de *Doña Inés* del pedestal para mostrarse, acto seguido, en el fondo de la cripta; y sabemos que en las estatuas no se *usan* colores, á no ser que hayamos inventado para el teatro las *estatuas iluminadas*. Pero repetimos que esto constituye un detalle que puede disculparse: mas no es posible hacer caso omiso de la impropiedad que resulta mediante el hecho de salir el héroe á matar por medio de torniscones á dos caballeros respetables, porque tan originalísima variante del duelo sería para todo el mundo el colmo de las hazañas de Don Juan.

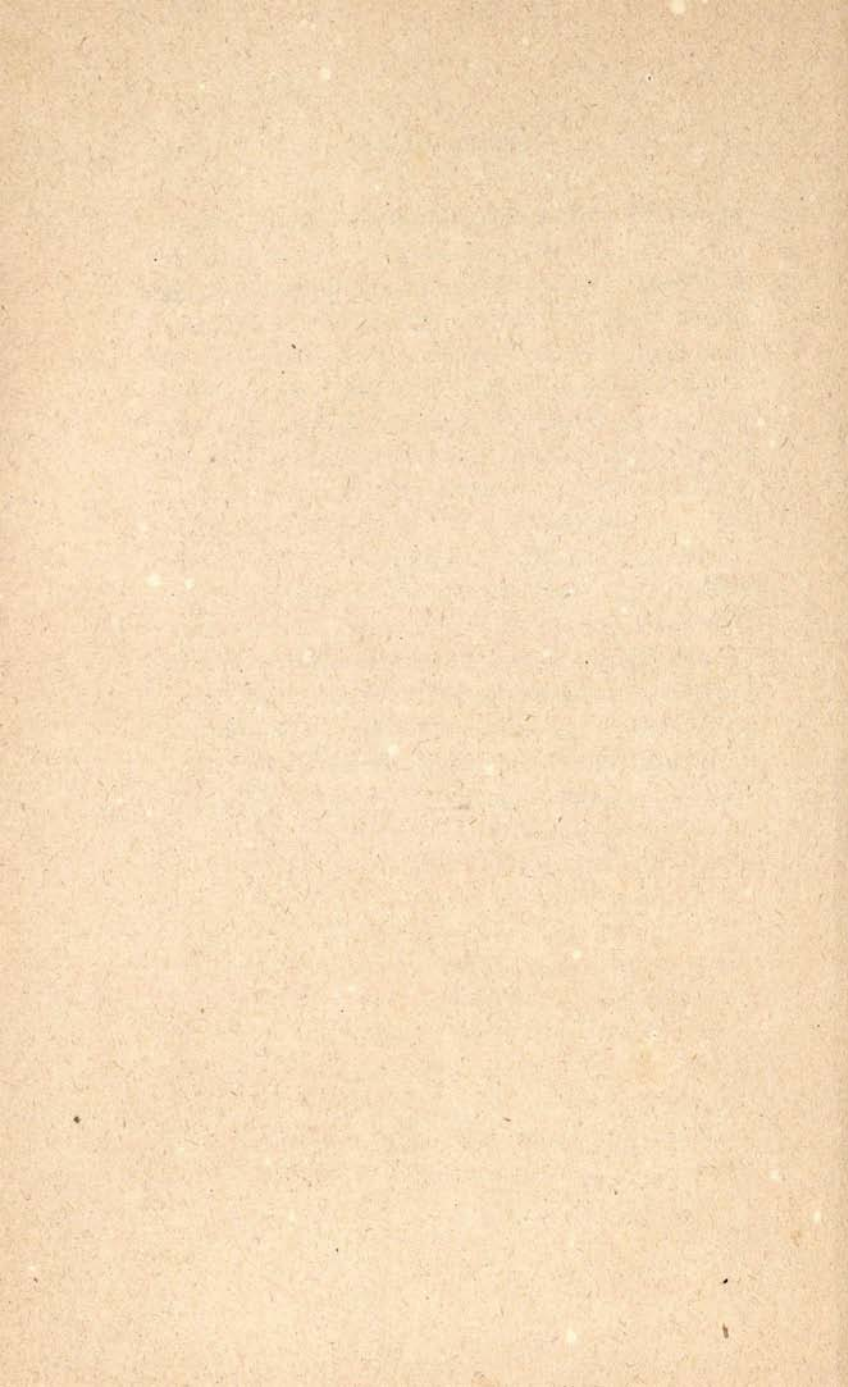
Y puesto que hemos empezado por el drama del Sr. Zorrilla, sigamos por el mismo.

Hemos observado que el Sr. Calvo se ríe en una de las escenas más sentidas (la III del acto I, parte 2.^a), y en cuya situación es donde menos brilla. Las décimas á la señorita de Ulloa no las ha estudiado. Por lo visto no son de su especial gusto. Y á propósito de décimas, justo es decir que el Sr. Calvo recita las tiernísimas de la escena III (acto IV) con febril exaltación y bella propiedad. En estos momentos, sin embargo, emplea siempre una postura violenta: sentado junto á D.^a Inés, extiende la pierna derecha todo lo posible, de for-

ma que la actitud acusa sobra de estudio y falta de naturalidad. Repetimos que declama admirablemente ese derroche de lirismo que el público apunta por lo bajo en cuantas ocasiones se ejecuta el drama del Sr. Zorrilla.

Por otra parte, ocúpase demasiado del capotillo en todas las escenas de *Don Juan Tenorio*. Imagina el poeta al burlador de Sevilla modelo fiel de la suprema elegancia; pero no al extremo de que, por exhibirlo galán y gentil, resulte manoteador y afectado. El espíritu analítico de la época presente quizá le juzgue un tanto fanfarrón; mas no debe reflejarse bajo este aspecto en el desempeño de la obra, sino al considerarlo como fuera de lugar dentro del estudio filosófico de la dramática. Séalo enhorabuena en el fondo, pero no en la forma. Consulte el Sr. Calvo nuestro humilde juicio con el ilustre vate, seguro de que nos someteremos á su opinión.







Y pasemos al *Don Álvaro*. Lleva el Sr. Calvo tres temporadas cómicas ejecutando consecutivamente el grandioso drama del insigne duque de Rivas, las cuales arrojan, sumadas, un número por lo menos de cincuenta representaciones. Si á esto se añade las que reciben *Don Juan Tenorio* y *En el seno de la muerte*, se tendrá con las que arrojen tres comedias del teatro antiguo, dispuestas por la cláusula 23.^a del contrato de arriendo del Español, completado con exceso el trabajo del estudioso y primer actor.

Entendemos nosotros que si cualquier persona de regulares aptitudes elige con cuidado la obra dramática que mejor se adapte á su temperamento artístico y la estudia hasta el límite de saberse de memoria el suyo y los demás papeles, y compren-

de el lugar en donde los efectos se encuentran colocados, el punto en que se marcan las transiciones, el sitio en que se precisan ciertos arranques, el momento en que se determinan las pausas, dado el caso insólito de que éstas no se hallen expresadas por el autor en el original, con solo una declamación discreta podrá conseguir señaladas muestras de aplauso. Practicando el género *especialista*, nosotros creemos muy difícil que haya malos actores (1).

En este supuesto y no olvidando las relevantes cualidades que distinguen al primer actor, ¿qué extraño puede ser para nadie que logre el Sr. Calvo éxitos lisonjeros en la interpretación de obras eminentes? Como tenemos la seguridad de que los obtendría asimismo en los distintos géneros en que se subdivide la escénica, no por mortificarle,

(1) ... «Esa limitación en la facultad de percibir es la que produce lo que en el arte se llaman especialidades; sección importantísima y base indispensable en la buena organización de un teatro.

»Ahora bien: así el actor de PRIMER ORDEN que ha de recorrer entera la escala del arte, como la especialidad que sólo ha de moverse y girar dentro de la órbita, más ó menos ancha, que sus facultades le trazan, ambos necesitan la misma instrucción, que después cada cual aplicará convenientemente y en proporción de sus fuerzas.»

D. Julián Romea. — IDEAS GENERALES DE DECLAMACIÓN. *Notes del actor*, pág. 42.

sino en aras de su gloria, dirigimos al Sr. Calvo esta advertencia.

De la propia suerte que las artes son patrimonio glorioso de la sociedad, el renombre de los artistas pertenece al dominio público, y á éste corresponde el aprecio exacto del talento de aquellos. ¿Ni cómo podrá extremarse la lucha penosa que se abre entre el ingenio del actor y las enormes dificultades del arte de la representación escénica, si todos los estímulos, todas las advertencias y los consejos todos, redúcense á unas cuantas líneas encomiásticas en la prensa, sin que dejen traslucir al artista los momentos ó lugares en que no ha conseguido estar á la altura necesaria? (1) ¿O es que ya hemos llegado á la perfección del arte? ¿Cómo es posible que podamos corregirnos de nuestros propios defectos cuando hay un prurito señalado en que los ignoremos, y no solamente se nos ocultan, sino que celébranse con exageración?

(1) «La crítica dramática, ejercida por el sistema que en el día generalmente se sigue, podrá ser conveniente para los adelantos y perfección de la literatura dramática; pero, lo repetimos, en nada ó en bien poco contribuirá á la formación de buenos actores, mientras los críticos no se ocupen con detención de la parte que á éstos especialmente concierne, analizando, no sólo el papel que ha representado el actor, sino marcando los pasajes en los que anduvo acertado, y aquellos otros en los que no estuvo tan feliz; examinando la propiedad de la



Sabe el Sr. Calvo que el insigne Máiquez debió, por acomodarse á las leyes de la naturaleza, los injustos dictados de *galán de invierno*, *agua de nieve*, *voz de cántaro*, y otros muchos; todo lo cual no pudo impedir que después de largos años de esforzada lucha contra un público corrompido y extraviado, prevaleciese la sólida innovación de su talento suspicaz, y sabe asimismo que el poderoso genio artístico de quien decía Talma: *Máiquez ha aprendido de mi; pero indudablemente me supera en estas dos tragedias*: OTELO y OSCAR, tomando por modelo al gran actor francés, en lo trágico, y al celebrado *Clauzel*, en lo cómico, invadía todos los géneros de la poesía dramática y en una misma noche representó la tragedia *Pelayo* y los entremeses *El español y la francesa*, *La prueba feliz* y *El cuadro*.

escena, la oportunidad de los trajes, verdad en las maneras, etc., etc.

»De este modo es como los actores adquirirían los conocimientos que les faltan, y probablemente se conjuraría el cataclismo teatral que se teme. Esta es nuestra franza opinión y...

Quien haga aplicaciones
con su pan se lo coma.»

Bastus.—CURSO DE DECLAMACIÓN.—*De la crítica teatral*,
pág. 406.





L Sr. Calvo se distingue en el recitado por una forma que le es propia, y que consiste en decorar los versos.

En *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, drama de fluída y espontánea versificación, de todo punto ajena á esas frases retorcidas y alambicados conceptos que se van introduciendo en nuestra moderna poesía dramática, luce el Sr. Calvo esta peculiaridad originalísima de su género. Esto, unido á su mucho corazón y al esmero plausible con que ha estudiado la obra celebrada del duque de Rivas, proporciónanle grandes y merecidas ovaciones. Somos nosotros los primeros en felicitarnos de ello, y se despierta nuestro orgullo nacional, y el culto que por el arte sentimos se acrecienta, y la amargura que hiere nuestro corazón se calma,

y las dulces ilusiones de nuestra mente se renuevan ante la idea bienhechora de que el Sr. D. Rafael Calvo, joven, mimado de la fortuna, generoso en sus pensamientos, de noble elevación en sus ideales, franco como todo hombre de ingenio, amante cariñoso de la gloria, logró con segura planta escalar esa hermosa cumbre de luz á cuya espalda se eleva la inmortalidad, escenario legítimo del genio que han pisado las almas de Garrick, Miss Odefiel, Henderson y Kemble en honor de Inglaterra, Lekain, Larive, Lafond y Talma en honra de Francia, y María Ladvenant, Rita Luna, Máiquez, Latorre, Romea, Guzmán, Valero, Arjona, Matilde Díez, Elisa Boldún y otros muchos artistas en gloria y renombre de España.

Y para que vea el Sr. Calvo hasta qué punto llega nuestro mal gusto, insistiendo en la cuestión de trajes, objetamos que nos parece impropio y nada bello el que viste en la escena VII, jornada primera de *Don Alvaro*.

Hay muchos detalles que ya tendremos ocasión de señalar, que omite en las representaciones el primer actor del Príncipe. En la imposibilidad de conceder mayor amplitud á estos apuntes, recordemos al público que el Sr. Calvo atraviesa el proscenio rodeado de bayonetas. El generoso indiano ha dado muerte á la vista de un campamento militar á un jefe superior y querido del ejército. Aun cuando le ha matado fatalmente en igual de-

saffio, la víctima era nada menos que el hermano de la mujer adorada por el fingido D. Fadrique—el Sr. Calvo—y con el hecho homicida ha roto los lazos de la disciplina, y nuevamente los que á Leonor le unen. Aparte de todo esto, D. Alvaro es bueno, es noble, es religioso, y sólo por la *fatalidad* que agobia su destino, se explica que sea hasta el postrer límite infeliz..... Resulta, pues, que el infortunado matador ha de hallarse en aquellos momentos presa de la desventura más amarga, de la desesperación mas acerba. Nadie ve, sin embargo, cuando el preso cruza el foro, otra cosa que un actor entre comparsas. No puede considerarse á D. Alvaro en aquel cómico tranquilo que á buen paso trata de ganar el bastidor opuesto.—¡Es difícil, Sr. Calvo!—Un actor distinguido, á quien no citamos para evitar celos y susceptibilidades—aunque sólo por las comparaciones se remueven los estímulos—al llegar al punto en que nos fijamos, deteníase con el brusco movimiento con que se planta un loco—como impresionado por el estupor,—pasaba la mano por su frente, elevaba los ojos al cielo, y seguía su marcha.—¿Qué opina bajo este respecto el Sr. Calvo?

Llega la jornada quinta y última del drama romántico.

D. Alvaro, oculto en un convento bajo el nombre del *Padre Rafael*, ha procurado sosegar su espíritu en la dulce austeridad de la vida mo-

nástica. Se han ido desvaneciendo en su mente con la luz de la fe las visiones sangrientas y los engendros pavorosos que terrificaron su alma, como se desvanecen con la claridad del día los espectros y fantasmas de una noche de fiebre. El segundo hermano de Leonor, que ha descubierto al fin el retiro donde mora el hombre que tan grandes estragos produjo en su familia, llega á la celda del religioso en los momentos en que éste se encuentra orando. El último vástago del Marqués de Calatrava viene decidido á matar al Padre Rafael.

Esta situación levanta una lucha tremenda de afectos morales en el alma del monje. Dentro de la realidad de la vida, de las imitaciones de la naturaleza, difícilmente se ajustan los apóstrofes y gritos desaforados que arranca el sufrimiento á don Alvaro, con las exigencias de *lugar*, del *instante* y de las *condiciones* determinadas á que toca la acción (1).

Cualquier observador repara que si fuera viva y real la escena VI á que nos referimos, si asistiésemos á ella como seres invisibles que presencian un conflicto humano, sería de todo punto imposible el que las voces furibundas pasaran desapercibidas para la comunidad y mucho menos

(1) Acotación del original: (*con gran calma; pero sin orgullo.*)

aún para el curioso lego Melitón. Hay que considerar la circunstancia capitalísima de que el religioso ha templado recientemente su alma con las consoladoras máximas del Evangelio, que debe tener poblada la imaginación de todos los santos preceptos de la humildad católica, y de aquí la contienda formidable que el ilustre poeta grandiosamente describe.

Debe, pues, en nuestro humilde concepto, el Sr. Calvo reconcentrar allí la voz todo lo posible, delirando y volviendo la cabeza ora hacia las puertas del claustro, ora hacia el sagrado signo que ilumina el reclinatorio, y hasta llegar á arrodillarse á los pies del crucifijo, y volver rápidamente cerca del vengativo provocador; detalles que, en nuestra creencia, no estarían de más, y acaso, acaso prestasen una verdad riquísima á la escena. Si no juzga despreciables nuestras palabras, medítelo el Sr. Calvo.

Nosotros en declamación, profesamos este aforismo: el exceso destruye el efecto. No hay noche que no lo veamos confirmado en el teatro. Así, cuando el Padre Rafael, ante el horror que le produce la idea de matar al hombre que le insulta en la celda, cae de rodillas exclamando de una manera perfecta:

—¡Misericordia!

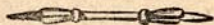
encontramos la pausa que marca en aquel extre-

mo exageradamente larga. Teniendo en cuenta que el Sr. Calvo debe llegar á este punto casi ahogado, adivínase el motivo de la extensión que concede á la misma; pero esto no quita para que el silencio exageradamente prolongado dé lugar á que se distraiga el público y desaparezca la ilusión del auditorio. Al Sr. Calvo le será fácil remediar este inconveniente por los medios que dejamos arriba indicados. Tenga la seguridad el aplaudido actor de que los *gritos* si pueden sojuzgar á un público ligero, fuera de ocasión, jamás lograrán convencer á las personas de buen gusto.

Cuando al final del drama, extraviada la razón de D. Alvaro por tantas catástrofes, corre frenético á la planicie del abismo en busca de la muerte, y grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Yo no soy el Padre Rafaell...

entonces y sólo entonces son imprescindibles y naturales y dramáticos los poderosos gritos. Se supone que media una distancia considerable entre el campo en que yacen los cadáveres de los desventurados hijos del Marqués, y la sima desde la cual se arroja el héroe de la fábula. Añádase á esta reflexión, que si ahora el público tomara á don Alvaro por un loco, estaría bien tomado.





A debido proporcionar al Sr. Calvo éxito duradero, ante las personas inteligentes, la representación de una de las últimas producciones de Fray Lope, *El castigo sin venganza*, obra muy conocida de los críticos por la valentía con que el *Fénix de los ingenios* declaróse adversario del funesto culteranismo que surgió en tiempos del inmortal dramaturgo (1). Sin embar-

(1) Véase cómo se expresaba Lope de Vega en *El castigo sin venganza*:

DUQUE.	¿Ya comienzas desatinos?
FERR.	No lo ha pensado poeta destos de la <i>nueva seta</i> , que se imaginan divinos.
RIC.	Si á sus licencias apelo,



go, la refundición de D. Emilio Alvarez no llevó gran concurrencia al Teatro Español. Esto prueba el mal gusto dominante de la época presente.

Constituye un efecto dramático de incalculable belleza la forma en que el Sr. Calvo interviene en la muy interesante escena VII del segundo acto. El Conde Federico, que ama á la esposa de su padre, es compelido y apretado por ésta á que le revele su pasión. El bastardo, antes de hablar, mira entre receloso é impaciente á las cuatro puertas de la sala, y colocándose después á espaldas de la Srta. Mendoza Tenorio — Cansandra, — declama

no me darás culpa alguna;
*que yo sé quien á la luna
 llamó requesón del cielo.*

DUQUE. Pues no te parezca error,
 que la poesía ha llegado
 á tan miserable estado,
 que es ya como jugador
 de aquellos transformadores,
 muchas manos, ciencia poca,
 que echan cintas por la boca
 de diferentes colores.

.....

Y más adelante dice:

RIC. Ciertó que personas tales
poca tienen caridad,
 hablando *cultidiabesco*
 por no juntar las dicciones.

.....

(Escena I, acto primero

con vigor y ternura el inspirado parlamento que empieza:

El cazador con industria
pone al pelícano indiano
fuego al rededor del nido...

Pero vuelve el Sr. Calvo á tomar la misma actitud en la escena XVI del mismo acto, y ya al término avanzado de la acción produce el efecto contrario. En la escena VII revela una delicadeza artística la colocación indicada; al repetirse nuevamente nace por completo violenta y falsa. Intentemos demostrarlo: Casandra, en el segundo acto,

LUCR. ¿Por qué excelencias?
Pero tú debes de ser
como *unos necios*, que piensan
que todo el mundo su nombre
por único se celebra,
y apenas lo sabe nadie.

BATIN.
Verdad es que yo quisiera
tener fama entre hombres sabios,
que ciencia y letras profesan;
que en la ignorancia común
no es fama, sino cosecha,
que, sembrando disparates
coge lo mismo que siembra.

(Escena VIII, el mismo acto.)

El noble propósito de Lope de Vega fué secundado por Mira de Mescua, Vélez de Guevara, Guillén de Castro, Montalbán, Tirso de Molina y muchos otros.

Al apreciable escritor que ha concebido el pensamiento de publicar un curioso libro bajo el epígrafe de *Cosas que serán siempre de actualidad*, le recomendamos los anteriores versos.

ha llegado al límite de extravío en que la mujer pierde y olvida los miramientos y las conveniencias. Si el adulterio no se ha consumado todavía, ella es la mismísima perjura de siempre, atrevida y resuelta como la mujer de Putifar. Los amantes han de tener y tienen *conciencia* ¿quién lo duda? Pero poseídos de tan fiera y satánica pasión, entendemos nosotros que no puede justificarse la anomalía psicológica de que cambien juramentos y ternezas, sin que entonces se miren, y no así como se quiera, sino devorándose con los ojos. El Conde Federico sabe que Casandra le ama cuando dice las sublimes quintillas:

Pues, señora, yo he llegado,
perdido á Dios el temor
y al Duque, á tan triste estado, etc.

Y si nos contesta el Sr. Calvo que ignora el bastardo que Casandra le corresponde, toda vez que el Sr. D. Emilio Álvarez ha suprimido en la refundición estos versos:

CASANDRA. Pues oye una triste historia,
que el amor quiere valor.
Antioco, enamorado
de su madrastra, enfermó
de tristeza y de cuidado... etc.

nosotros no tendremos inconveniente en replicarle, que ha hecho muy mal el Sr. Álvarez en su-

primirlos, porque ellos contribuyen muy poderosamente á complementar el carácter extraordinario de Casandra. En suma, si en la escena VII la actitud empleada por el Sr. Calvo ofrécese natural y bella, repetida en la XVI resulta impropia y ridícula.





EL Sr. Calvo tiene un brazo duro, un brazo izquierdo *de madera*—como dice cierto conocido autor dramático.—Ya sabemos, porque esto lo sabe todo el mundo, que cuando el actor dirige la palabra á otro colocado á su derecha, debe mover con mayor frecuencia la mano y el brazo derecho que el izquierdo, y éste en el caso de hallarse situado su interlocutor á la mano sinistra (1); pero este principio elemental de declamación no debe cumplirse hasta el extremo de que el ejecutante parezca lisiado ó contuso. Trátándose de un actor de primer orden, el defecto es mayúsculo, y por lo tanto, es de presumir que el Sr. Calvo procurará corregirlo.

(1) Bastus.—ARTE DRAMÁTICO.—*De la acción ó accionado*, pág. 153.

Por regla general, cuando el Sr. Calvo se halla en las tablas, coloca en ángulo las piernas, sobre todo, en las situaciones fuertes y culminantes. Así nos explicamos el hecho de que el primer actor imprima á su manera de andar cierto balanceo que disgusta al público; por tan extraño desplante, se comprende que en otras y especiales ocasiones imite una cojera que parece disimulada de intento (1).

Ha de convenir con nosotros el Sr. Calvo que el teatro hoy vive dentro de los requisitos de mediocridad que el público le exige. Es necesario abolir, porque ya es tiempo, la irónica prescripción del *Arte de hacer comedias* que todo el mundo repite por ahí de memoria... Los pareados de Lope de Vega exige el culto por el arte que se varíen...

(1) «El actor no debe salir embarazado, ni tomar actitudes forzadas, ni tampoco pisar las tablas de aquella manera afectada que suelen hacer algunos, particularmente en la tragedia; antes ha de tomar posturas naturales y agradables en cuanto lo permita, repetimos, la naturaleza del drama y la situación del personaje que representa.

Creyendo adquirir un aire noble y marcial, caminan algunos actores con una afectación extremada, tal, que á cada paso que dan todo su cuerpo recibe un sacudimiento y se ve bambolear su túnica, con la cual sólo consiguen ejecutar unas acciones y movimientos impropios del personaje que figuran.» El mismo autor, págs. 146 á 147.

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en *sabio* para darle *gusto*.

No olvide el Sr. Calvo el ineludible deber en que se halla de remontar el vuelo de sus notorias aptitudes escénicas. Cuando por los años de 1852 al 53 instalóse el Teatro Español en el antiguo corral de la Pacheca, una compañía selecta, de la cual formaron parte los actores de mayor renombre, intervino en todos los géneros estimables de nuestra poesía dramática. Aún recordamos la comedia de figurón del teatro antiguo *El hijo de cuatro padres y de tres madres, perdido*, en cuyo desempeño actuaron á la vez los eminentes artistas Romea, Guzmán, Valero y Arjona.

*
* *

Fundemos en el Sr. Calvo grandes y legítimas esperanzas.

El actor es el único artista que nada perpetúa visible de sus obras gloriosas: para indemnizarle en lo hacedero de esta amargura que puede matar el estímulo en las almas elevadas, es deber de los pueblos coronarlos en vida y llenar con su nom-

bre la historia después de su muerte. Los que no sufren esa sed de lauros inmortales, reservada á los grandes espíritus, ó cuando menos el deseo de merecer la alta consideración pública, sólo viven para las comodidades ó las riquezas.

Madrid, Junio, 1886.





Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1346209